



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

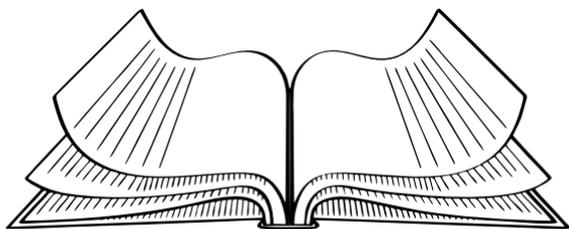
EJEMPLAR GRATUITO
AGOSTO-SEPTIEMBRE
2021



No. 34



Escúchanos en
Radio Anáhuac 1670 AM



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 34

www.porescrito.org

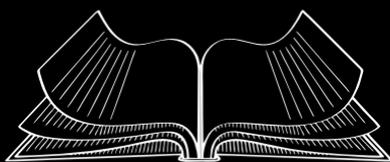




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

A.fé.r

Mario de la Piedra Walter 7

Miércoles, 2 de septiembre

Fernando Sager 8

Lunes, 7 de septiembre

Fernando Sager 9

Fábula de la lluvia

de Tan Tin Tontín

(Alberto Ramos Falconer)..... 10

FIRMAS

Lo que pienso de los escritores

Óscar de la Borbolla..... 16

Deseo

María Elena Sarmiento 19

Iguanas de estacionamiento

Andrea Fischer 22

Cruz

Cecilia Durán Mena 26

Gel azul

Bernardo Fernández (Bef)..... 31

Banamex vs Amalia Rangel

Virginia Meade..... 34

IMAGINARIO 36

VOCES

El flaco

Juan Antonio Díaz Becerra 39

Yo sigo aquí

Noé Sánchez..... 42

Línea recta

Pita Escalona..... 44

Lara mintió

Ángeles Montes de Oca Bowers 48

Urbi et orbi

Francisco Duarte Cué..... 51

Yo Solito

Alberto Ramos Falconer 52

Emily

Racconto Urahara..... 54

La hija más bonita de Ucrania

Bárbara Sánchez..... 58

Mis queridos padres

Ronnie Camacho Barrón..... 60

Hablando por escrito

Acaricien los detalles, ese era el consejo que Vladimir Nabokov le daba a sus estudiantes. Su recomendación sigue siendo pertinente. Sorprende, porque estamos acostumbrados a mirar en forma superficial, ver por encima y a toda velocidad. Vamos corriendo, cambiamos nuestro foco de atención y vamos saltando de un tema al otro, de un suceso al que sigue, de una pantalla que se perpetua en tantas otras sin que en realidad le pongamos atención. La persistencia de la inmediatez cansa y es efímera. Así vamos y luego nos sorprendemos de que los acontecimientos no se fijan en la mente. Dejamos pasar la oportunidad, olvidamos y en el vértigo del momento, se nos escurren los momentos que conforman el disfrute de la vida.

Es curioso, decimos que queremos fluir, que busquemos experiencias, pero la aceleración a la que nos sometemos no nos permite gozar en plenitud. Estamos más preocupados en tomar una fotografía que en gozar un atardecer, hacemos el esfuerzo de captar el video de algo bello, en vez de disfrutarlo. Se nos olvida el color de los ojos, el tono de la piel o las palabras de quien nos pudo haber conmovido. No nos damos cuenta de que tal vez, estemos dejando pasar el momento más relevante de la vida. Claro, si ni cuenta nos dimos, menos lo podremos recordar. La lectura es uno de esos actos que puede tomar esos caminos divergentes: podemos pasar la mirada apresurada con un texto o podemos detenernos a acariciar sus detalles.

Este número treinta y cuatro es una invitación a tomar el texto y acariciarlo, a meternos entre los renglones, a gozar con las letras que cada escritor eligió para ponerla a nuestra disposición. Es un llamado a dejarnos seducir por las palabras que cada autor nos da para ponerse en contacto con nosotros. Saltar entre los signos de puntuación, palpar los sustantivos, degustar los verbos, reírnos con las interjecciones y unirnos con las conjunciones. Descubrir a los autores para que nos penetre hondo su emoción regente. Se trata de entablar una relación profunda con el texto.

En la edición que tienes ante tus ojos, encontrarás motivos para que generes esos vínculos. Te ofrecemos ese pretexto necesario para

disfrutar esos detalles, para perdernos entre los vericuetos de alguna sandez, de alguna ocurrencia lunática, de alguna imagen entrañable, de alguna conducta despreciable.

Cada lector está en libertad de imbuirse en el texto y empaparse de lo que le parezca que le merece su atención. Gustos y disgustos aparte, el texto es la posibilidad de un mundo absolutamente desconocido que el lector irá conquistando. Y, en este espacio en el que no existe una conexión con nuestra realidad particular, se empiezan a iluminar coincidencias que nos hacen sentido y que nos permiten experimentar sorpresas extraordinarias que otra persona expresó en forma de palabras.

Al acariciar los textos, estamos reinventando dimensiones y tal vez, logremos distinguir partes de nuestras vidas, disfrazadas en los relatos, escondidas en los poemas, arrebujadas en las imágenes. Sí, al hacerle caso al consejo de Nabokov descubriremos en nosotros mismos y en los demás un punto de encuentro.

El número 34 de Pretextos literarios por escrito es un conjunto entero de detalles que están listos y dispuestos a ser acariciados por los ojos de su lector.

La editora general.



Paúl Núñez

A.fé.r

Mario de la Piedra Walter

Quise escribir
 un haiku sobre tu piel
 con más sílabas
 jugar así:
 cada lunar. un punto y a parte
 cada imperfección, una coma
 buscar con *b* labial
 la media luna
 ofrecida como oblea al santo
 y sin mirar las tildes
 oír una palabra exhausta
 al cesar el tango de las piernas.



Miércoles, 2 de septiembre

Fernando Sager

La poesía
esa papiroflexia de las cosas
esa evidencia incontradecible
de que la realidad es otra cosa/ siempre
alguna indescifrable otra cosa

Ah, y el poeta: ese otro
fantasioso objeto esmerado
en demostrar cómo la realidad era real
hasta que la palabra vino a adúlterarla

Nada en las biografías será fidedigno,
cada hombre es una lengua muerta,
toda palabra es incapaz de pronunciarle
El único espejo y radiografía viable es acaso
la página en blanco



Lunes, 7 de septiembre

Fernando Sager

—¿Quién eres? —Me ha preguntado Yo Mismo.

—Soy una cadena de fallos fayos.

La tristeza se constituye de mí / soy
materia prima de la melancolía.

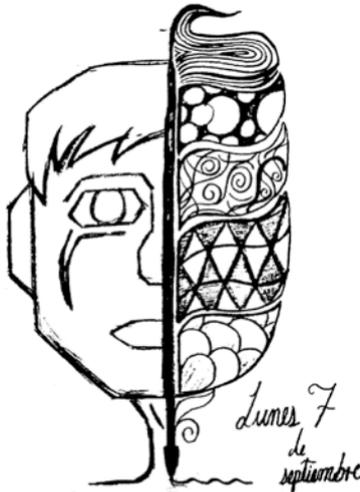
No sé, perdí la vida.

Yo no nací poeta / nadie lo hace.

Yo perdí la vida y después reencarné en poeta.

Quiero decir que la poesía no es algo con lo que se nace
sino con lo que se resucitará a la muerte/ ese final

que no se experimenta.



Fábula de la lluvia de Tan Tin Tontín

(Alberto Ramos Falconer)

Una lluvia de palabras

Moja los edificios

Secos

Secos

Secos habían estado

Secos volverán a estar

Pero por ahora llueve, moja, grita,

Salta, palpita, extraña, siente

Y siente tanto

Que no sabe

lo que siente

Cae la lluvia, regando las tierras, alimentando los pastos, creando los ríos,
mojando

Mojando lo seco

Mojando lo muerto

Mojando lo vivo

Mojando lo mojado

Sintiendo y haciendo sentir

Todo y nada

Porque deja de llover

Y el sol se lleva las palabras

A donde él quiere que estén

Hasta que se revelen

Y caigan otra vez

Intentando llegar donde

El sol no las vea
Filtrarse en el suelo
Entrar en los cuerpos
Estancarse y quedarse
Aunque sea un ratito más...

Cayó una vez un torrente

Fuerte y estruendoso
Como si de pelea de dioses se tratara

Los monjes asustados
A la abadía entraron
Y en viéndose incapaces
De a la lluvia controlar
Oraron por que el Sol
Volviera a alumbrar

Tan fuerte oraron
Gimieron y lloraron
Que el Sol viendo su facha
Les quiso ayudar

“Grande es mi poder
Y fuerte su dolor
No temáis que por sus ruegos
Les vengo a socorrer”

Y haciendo gala de su fuerza
A las nubes disipó
Y a la lluvia de los suelos
Con furor evaporó

Por fin los monjes pudieron
Su encierro terminar
Y fue entonces que encontraron
Bajo un frondoso Encino blanco
A un niño sin hogar

“¿Quién dejó este niño aquí?”

Uno a otro preguntó
Nadie pudo contestar
Pues de la lluvia nació

Decidieron todos juntos
Al pequeño adoptar
Y enseñarlo con su dogma
De siempre al Sol adorar

El niño creció y mucho aprendió
Aprendió del Sol sus bondades
Y de la lluvia sus maldades
A uno debía amar y a la otra ni escuchar

Pero el pequeño quería
cada que llovía
salir a jugar

Quería mojarse
pues notaba en la lluvia
algo que le atraía
a en ella estar

Los monjes notando
su extraña inclinación
mucho se ocuparon
en más educación

“El Sol te llevará por un buen camino”
“Hay que seguir su rayo”
“No debes buscar más”

Pero el muchacho no entendía
y mucho se reveló
por lo que los monjes,
pensando en su bien,
cada que había lluvia
con llave lo metían
en su habitación

El muchacho ahora encerrado
No mucho podía hacer
más que ver a la lluvia
con hermosura caer:

“Que linda que es
pero es prohibida.
La quiero sentir,
de ella aprender
todo lo que ahora
busco sin poder”

Los días pasaron de esta manera
Los monjes la doctrina enseñaban
el joven se hacía que escuchaba
Hasta que un día
Se pudo escapar

Llovía fuerte sin descanso
y al joven en su habitación
los monjes dejaron
Pero aquél que la puerta cerró
sin querer la llave girar olvidó

Y él dándose cuenta
Del grato error
el joven con prisa
del cuarto salió

Corrió hacia la lluvia
y de ella se empapó
sintió, pensó, soñó, vivió
todo lo que antes no podía

Vieron los monjes
que el joven en la lluvia corría
y con fuerzas oraron al Sol
a ver si los socorría

“¿Qué haremos con este muchacho Sol?
No atiende a nuestros consejos
e ignora nuestros castigos
la lluvia lo tiene preso
y no quiere estar contigo”

Los monjes esperaron
alguna respuesta
y poco pasó
cuando volvieron a orar

“Por favor Sol
entiende y atiende
No sabemos qué hacer
con este pequeño
Las gotas de lluvia
lo están perdiendo
y nosotros nada
podemos hacer”

El Sol finalmente
Los ruegos oyó
y mostrando su ira
Contra la lluvia
su fuerza mostró

Para el poderoso secar
La lluvia esta vez
tan fácil no fue
pues ella contenta
con su hijo jugaba
por primera vez

Pero el Sol insistió
Dándole los monjes
fuerza con su oración

Y poco a poco
La lluvia cedió

Dejó de llover
Pero el joven en los charcos
su juego siguió

El Sol fastidiado
por la reacción
También a los charcos
sin tregua seco
Y de pasada sus rayos
al joven dirigió

El hijo de la lluvia
de pronto notó
su corazón seco
sin sueños ni voz

Desde ese momento
todo sería el Sol
guiarse por su rayo
y su resplandor.



Paúl Núñez

Lo que pienso de los escritores

Óscar de la Borbolla

Hay quienes escriben sobre espejos, porque salvo su propia vida no tienen nada que contar, y quienes lo hacen en periódicos, porque adivinan que el día de mañana sólo serán útiles para envolver los cacahuates que se venden en la vía pública. Hay algunos que escriben para que sus palabras sean cinceladas en bronce o en piedra, lástima que sus textos sean las frases oficiales con que se identifican las estatuas y los monumentos. Los hay también que escriben con spray consignas anónimas en las bardas, convocatorias para mítines iracundos o letreros de amor en inglés. Unos marcan sus iniciales sobre el cemento fresco, otros, a la orilla del mar sobre la arena olvidadiza o en la corteza indeleble de los árboles. Hay, incluso, quienes lo hacen sobre pizarrones con tizas didácticas o en servilletas de restorán con un bolígrafo prestado. Los lugares y los instrumentos de la escritura son casi infinitos: hasta el cielo sirve si se cuenta con un avión de chorro o con la amistad de los ángeles.

Y otro tanto ocurre con los motivos, pues, aunque en principio se escriba para perdurar, para poner cimientos a la memoria, también se escribe para ser escuchado con los ojos, para ir más allá del corto alcance de la voz mediante grafías escandalosas. La intención es más variada que los temas: los temas son tan pocos: se puede escribir acerca de la muerte sin más finalidad que ganarse la vida o, de la vida, con el único fin de que nos metan un balazo. En esto de la intención abundan los moralistas, los que buscan con sus palabras convencer del pro o del contra de cualquier idea, y los samaritanos, los que aspiran a brindar al lector un rato de humanizante esparcimiento. Unos lo hacen sólo para seducir, y otros, en cambio, para sacudirse de una compañía molesta. Hay quienes escriben para matar el tiempo y quienes lo hacen para eternizar un instante. Cada escritor aspira a una meta distinta que varía en cada ocasión con cada escrito y, por ello, las declaraciones absolutas son meros desplantes de estrategias publicitarias: suena bien decir: “Yo escribo, porque no me queda otro remedio para librarme de las insoportables horas mansas de mi vida doméstica”, o “Yo escribo para que me quieran”. esas declaraciones suenan bien, pero son una pose, porque nadie permanece estacionado en el gesto grave con el cual pretende pasar a la historia.

La misma variedad se da en la forma de la escritura: unos son complejos, se ocultan como los pulpos tras la tinta, enturbian los significados, retuercen la sintaxis, hacen laberintos sembrados de trampas: vuelven la literatura un trabajo fatigante y, aunque en ocasiones es verdad que sólo así se alcanza lo que dicen, qué flojera leerlos. Son crípticos por vocación, qué es peor que serlo por torpeza o maldad, pues están convencidos de que las uvas buenas existen para derrotar a los zorros. Hay otros que son simples, tan simples que son capaces de extender una cucharada de mostaza a lo largo de trescientas páginas: no dicen nada: hilvanan las palabras con tan poco encanto que sus historias son más predecibles que los diccionarios. Los complejos y los simples equidistan de los claros, quiero decir que a ambos les queda igual de lejos el milagro de la palabra que consigue rasgar el papel y tocar el mundo. los claros son complejos sin oscuridad y simples como la atmósfera profunda: son sencillos como el abismo que nada oculta y sin embargo su fondo no se ve.

La escritura también se distingue por sus tonos: el del oficio burocrático es uno; en él campean la solemnidad y la prosa tullida de los lambiscones del lenguaje; la proclama incendiaria es otro, allí se escribe desde la indignación, con sangre chisporroteante y, por eso, al cabo de unos días, los enunciados se convierten en moronga, pues mientras más pasión se imprime a las frases, más rápido caducan, más pronto se coagulan las palabras y, cuando perduran, son el cadáver de un testimonio sociológico. Junto al tono pasional está el blandengue manierismo de los adjetivos, la escritura de atole: también aquí la pluma se conecta con la aorta, sólo que por las venas del escritor circula no el incendio social sino la pirotecnia de unos conflictos íntimos que el corazón bombea con aburrido esfuerzo.

Hay muchas formas de escribir y muchos escritores en este inmenso mundo. En México, sin embargo, los escritores se dividen en dos grandes grupos: quienes escriben y quienes no escriben. Sí, no se me tome a broma, pues, de hecho, hay más miembros en el conjunto de los que no escriben que en el otro. Los que no escriben siendo escritores son todos aquellos que han escrito alguna vez, los supernumerarios de la familia, los que están en la banca esperando una nueva visita de la inspiración o, simple y trágicamente, un ratito libre para entregarse frenéticos a la confección de su mil veces postergada obra maestra.

Entre los escritores que no escriben se hallan también los que nunca han escrito, pero todos los días sueñan con hacerlo: son los negados, quienes ni martirizándose son capaces de sacarse una línea;

son aquellos que dicen: “Un día de éstos me voy a soltar y no me van a ver ni el polvo.” Éstos, aunque en efecto no se les lea ni el polvo, son escritores: se han ganado a pulso su inclusión, quiero decir que la han pagado con tantas frustraciones que bien merecen ser considerados o tratados con consideración.

Los escritores que sí escriben se dividen a su vez en los que publican y los que no publican. Estos últimos son, obviamente, la mayoría: andan por todos lados: talleres, escuelas, cantinas y palenques con su caja de cartón a cuestas; son quienes siempre vienen preparados, quienes azorriplan a amigos y parientes con la lectura de sus manuscritos y, por lo general, la vida injusta termina por pasarlos al bando de los que no escriben nunca más.

Los escritores que sí publican se dividen nuevamente en dos bandos: los buenos y los malos y, una vez más, aunque parezca chiste: quienes abundan son los malos. Es tan raro leer una obra que valga la pena: una obra que respete al lector, que le diga algo que merezca ser oído y que se lo diga bien. Son tantos los escritores que publican y que mejor harían mudándose de clasificación, o sea, volviéndose mudos.

Y finalmente, una última división en el subgrupo de los que sí escriben, sí publican y son buenos: los leídos y los no leídos, porque otra de las paradojas de este oficio es que aquí nada garantiza nada.

En conclusión: los escritores mexicanos se dividen, es decir, se parten y se descuartizan de balde.



Paúl Núñez

Deseo

María Elena Sarmiento

Doris estaba por cumplir los sesenta. Ella y sus amigas tenían más de un año de no reunirse en persona desde que se había decretado la pandemia. Antes de eso, durante al menos dos décadas se reunían a cenar temprano una vez al mes, y regresaban a sus casas sintiendo que la vida valía la pena. El mundo virtual que había suplantado a los restaurantes concurridos no era lo mismo. Por eso, aunque en México los contagios seguían en aumento, decidieron tomar el riesgo.

—Los viejos se arrepienten de lo que no hicieron —les aseguró en un intento de convencerlas de juntarse, pensando que en alguna la prudencia iba a poder más que las ganas de encontrarse, pero no le hizo falta convencimiento alguno porque las cuatro extrañaban sus terapias con amigas y pusieron fecha de inmediato para el encuentro. Ya se estaban saboreando ese rato que se dedicaban a ponerse al corriente de su vida y la de sus familiares y conocidos. El placer no era la cena en sí misma, aunque por el trabajo de Marja como alta ejecutiva, siempre asistían a los restaurantes en donde servían los platos más deliciosos, sino la compañía. Se reían de los mismos chistes, se repetían cuán importantes eran cada una en la vida de las demás y esperaban verse pronto. ¿Cómo habían subsistido durante tantos meses sin esos momentos de relajarse en la familia que ellas mismas habían elegido? ¡Claro que ahí se verían!

Doris llegó emocionada, diez minutos antes de la hora en la que se habían quedado de ver. Trini y Cassie ya habían empezado con los martinis de pepino. La recién llegada también ordenó el suyo y se acomodó junto a Trini, ambas de espaldas a la calle. En un segundo, ya el área se había convertido en terreno amigable y todo era entregarse a las emociones, al coraje de lo que le había pasado a una y al disfrute de lo que le había sucedido a la otra. Por algo se sentían hermanas del alma, aunque todas fueran muy distintas.

A Doris le gustaba escandalizar a sus amigas, darle a sus conversaciones un toque teatral, así que tal vez exageraba un poco los movimientos de sus manos que acompañaban sus palabras y a ratos bajaba mucho el volumen para que las demás tuvieran que acercársele para escucharla. Todo eso con el cubre bocas resultaba un poco incómodo, pero ya todas estaban acostumbradas a sus extravagancias:

–El día que me toque la muerte, me voy en paz – le decía a quien quisiera escucharla. He hecho lo que me ha dado la gana y me he atrevido a cometer mis propios errores.

–Todavía te faltan muchas experiencias –le aseguró Cassie, temiendo que estuviera deprimida, pero Doris continuó hablando:

–Me gustaría seguir en este mundo por mucho rato, pero ya lo que me queda es tiempo extra. ¿Qué puedo disfrutar a esta edad que no haya experimentado antes?

Iba a seguir diciendo lo que creía, pero había quedado de frente a la barra y lo que vio llamó su atención.

Dos hombres muy guapos estaban sentados en bancos giratorios de tal forma que a veces quedaban de espaldas a ella y a veces de perfil. El moreno deslizó una mano por la parte interna de la rodilla de su acompañante y Doris se estremeció como si esa sugerencia sexual la hubiera atañido de alguna forma.

Ante su silencio, las demás mujeres tomaron la palabra y, como siempre, su plática era muy interesante, pero la mirada de Doris se quedó clavada en la sonrisa que cada uno de esos jóvenes le dedicaba al otro. Por no ser grosera, intentó ver para otra parte, pero cada vez que sus ojos se fijaban en ellos, una inmensa alegría le subía desde la entrepierna por todo el cuerpo. El cariño con el que ese hombre tocaba a su compañero había movido sus fibras internas. ¿Qué era ese calor que estaba sintiendo?

A lo largo de las dos horas siguientes, cada una se comió el platillo que había ordenado, probó algo de lo que pidieron las demás y compartieron sus vivencias igual que siempre. Todas estaban atentas a la plática, pero Doris también estaba pendiente de las caricias que se prodigaron los muchachos que tenía al frente.

En un momento dado, ellos pidieron la cuenta y se levantaron. Trini dijo:

–Tendrían que ver el amor verdadero personificado por este par –y señaló con un movimiento de cabeza a los que ya estaban saliendo del restaurante.

–¿También los viste? –preguntó Doris–. Creo que nunca ha habido en la vida quien me toque de esa forma tan cariñosa. Me muero de envidia.

–Y sensual –agregó Trini– había algo sexual en la complicidad que tenían esos hombres. Qué bueno que tú también te

fijaste. Me acaban de dar una lección de cómo acariciar a tu pareja para hacerlo en verdad feliz.

—Cassie, quedamos en el lado incorrecto de la mesa —exclamó Marja—. Mira la cara de nuestras dos amigas que pudieron atestiguar eso de lo que nos hablan. Al menos me hubiera gustado verlos.



Iguanas de estacionamiento

Andrea Fischer

1. Aquí no me siguen

En la Ciudad de México no hay iguanas. Las que sí llegan, terminan hechas taco en los puestos de comida capitalinos, pero la verdad es poco frecuente. No es como en el sur, que las encuentras a granel tomando el sol hasta en los estacionamientos. Entre las piedras, sobre la carretera, echadas entre las ramas de los árboles, son observadoras discretas de una vida que no les pertenece. Así me lo parecieron cuando las vi por primera vez. Por eso prefiero la ciudad. Aquí no me siguen con la mirada.



2. Nunca pudo

Ya estábamos grandes. Nos iba bien, pero nuestros proyectos de vida profesional se habían puesto en medio de la intención de formar una familia. Aunque no lo decía, ella siempre quiso ser mamá. Escondía su necesidad de ser madre detrás de un muro frío y muy sobrio de una mujer comprometida con su profesión. En las noches, varias veces la escuché llorar porque nunca pudo embarazarse.

Lo intentamos. Vaya que lo intentamos. Pero nunca tuvimos éxito. Aunque vivíamos en un departamento propio en la Narvarte, nunca nos alcanzó para cubrir los tratamientos de fertilidad. En el hospital no nos los podían dar, tampoco, a pesar de que cubríamos dos turnos como médicos de tiempo completo. Una noche, después de que

se desmaquilló, me miró a la cara. Estaba ojerosa:

—Quiero un bebé. Vamos a adoptar.

No me consultó. Ni siquiera pidió mi opinión. Ante su decisión terminante, no pude decirle nada. Lo iba a hacer de todas formas. A pesar de las canas que ya le asomaban en la línea del cabello. A pesar de la renuencia de sus padres, de sus primos, de su hermana. A pesar, incluso, de la contraindicación de ginecólogos amigos nuestros. La sentí tan cansada, tan enojada, que en ese momento no la cuestioné. Con los años me he dado cuenta de que ésa fue mi única oportunidad para pararla en seco. No lo hice, y me arrepiento.



3. Tramitología

Yo tenía 45. Ella recién había cruzado los 40. Cuando iniciamos la tramitología, la casa de cuna nos miró con sospecha. Escuché por error a la encargada dudar sobre si nuestro proceso sería exitoso. Un par de meses más tarde, vi la franca sorpresa en su rostro cuando sí lo fue.

—Muchas felicidades — nos dijo con frialdad institucional—. Su chiquita ya estará pronto en casa con ustedes.

En el coche, de camino de regreso, ninguno de los dos dijo nada. Cuando nos encontramos en la cama otra vez, los dos sin poder cerrar los ojos a las 3 de la madrugada, sencillamente le dije:

—No quiero que lleve mi apellido.

Se quedó callada. En toda la noche no dijo nada. No opuso

resistencia. Dudé de si durmió algo en toda la noche, porque tenía los ojos cerrados y respiraba tranquila debajo de las sábanas. Pero yo sabía que estaba inquieta. Después de tantos años de matrimonio, sin embargo, había sombras de ella que se me seguían escapando. Fue hasta el día siguiente, antes de salir cada quién a su consultorio, que me dijo detrás del cubrebocas, a manera de despedida:

—Está bien. Se va a llamar Esperanza.

Esa noche, después de acostarnos, soñé con una mujer desnuda envuelta en llamas. En completo silencio, llevaba en brazos a una niña envuelta con una sábana gris. *Escúchala*, me dijo, bien clarito. Me desperté con el corazón a todo galope.



4. *Pesada, pesada, pesada*

La persona de la casa de cuna llegó al mediodía siguiente. Era sábado. Mi mujer no estaba, así que tuve que bajar yo solo. Venía en una camioneta con la insignia de la institución estatal. Cuando me vio, la encargada se bajó del coche con una sonrisa plástica en el rostro. En la parte de atrás, traía un moisés discreto. Adentro estaba Esperanza.

Un hombre fornido le ayudó a bajarla con todo el moisés. Me di cuenta de que tenía un tatuaje de iguana a lo largo del antebrazo. El diseño me clavó la mirada, como si supiera que no quería a la

niña, que esto me parecía absurdo, que me sentía viejo, que ya no estaba fuerte y nunca lo había estado realmente, que me aterraba la idea de ser padre. Al entregarme a la niña, se sentía pesada, pesada, pesada. No lloraba. Parecía no respirar, tampoco. Antes de que se fueran, empezó a llover muy suavemente, como si la carita de Esperanza tuviera que limpiarse. Sentí un escalofrío. *Escúchala*, escuché clarito detrás de un trueno. Cuando volví la mirada a la calle, la camioneta había desaparecido.



Cruz

Cecilia Durán Mena

Las oí murmurando, señora, yo creo que ellas no se dieron cuenta de que estoy despierta. Así ha sido siempre. Así fue desde la primera vez que estaba ahí, parada detrás de la puerta que estaba entreabierta. Ni siquiera tuvieron cuidado de cerrarla. Mamá, ¿ya vio que Cruz está creciendo?, le dijeron. Mírela bien, mamá: ya le brotaron los pechos, ya no son botoncitos. Ya tiene las piernas largas, las caderas redondas y se le saltaron los labios. Ya mancha la ropa. La cara se me puso caliente al oírlas. Era cierto, hacía poco que había empezado, pero hacía un tiempo que había dejado de manchar. Escuché cuando mi madre dejó el bastidor sobre la mesa, la imaginé encajando la aguja bordadora en el cojín alfiletero. ¿No sería bueno que ya dejara de ir a la ladrillera y nos viniera a ayudar aquí en los quehaceres de la casa? No pude ver qué cara puso.

Eso le dijeron a mi mamá. Yo apreté los ojos bien fuerte, señora, porque yo ya quería quedarme en la casa. La verdad, hacía tiempo que quería dejar de ir a la ladrillera. Y, no se crea que era por floja o porque prefiriera quedarme en la cocina o fregando pisos o lavando ropa, era por lo otro. A mí me gustaba andar en la arcilla y sentir el lodo entre los dedos. Me llevaron a la fábrica cuando apenas me ponía derecha y empezaba a caminar. Me llevaron porque Rubén, el mayor, se hizo de mujer y se fue a trabajar a otro lado. Luego, todos los demás se fueron yendo, cada uno por sus razones. Nada más quedaba Aristeo. Necesitaban manos y ahí estaba yo y me gustaba. Aunque, la mera verdad, lo que más me probaba de ir a la fábrica era que papá me daba permiso de ir a la escuela. Por eso me apuraba y acababa lo que tenía que hacer. Hacía todo lo que papá me pedía. Todo. Sólo así me dejaba ir. Agarrábamos carrera, Aristeo mi hermano y yo, para no llegar tarde y que la maestra no nos fuera a cerrar la puerta. Ella era muy buena, siempre se preocupaba por mí. Me ponía atención, si no entendía, me explicaba todo de vuelta. Casi siempre le entendía a la primera. Me daba tanto gusto oírla. Pero, hacía rato que ya mejor me quería quedar en la casa. En esos días, ni me pasaba por acá porque me daba tanto sueño ni por qué me dolía la cintura. Mí papá ya no me quería dejar ir a la escuela ni que saliera a ningún lado ni que me quedara en la casa. Me quería

todo el tiempo a su lado. Te estoy protegiendo, me decía, no quiero que te vea nadie.

Los cuchicheos de mis hermanas rebotaron por los paredones de la casa y llegaron al corredor oscuro donde estaba parada, las oí clarito, señora. ¿Qué hace allá en la fábrica? Ese no es lugar para una niña. Mire mamá esto, mire mamá aquello, que si Cruz ya está grande, que si no está bien que vaya para allá, que si ya se anda desarrollando, que si está mejor que se quede aquí. Mi mamá se quedó quieta y su “ya veremos” me rompió el corazón. Por un rato, mis hermanas no se quedaron calladas y un viento que soplaba despacio me trajo el tumulto de voces amontonadas. No las entendía. Hacían un ruido como el que hace el río cuando lleva el agua crecida. Enseguida, un grito torció por el recodo de la puerta: “dije que ya veremos”.

Me quedé con esas palabras, con esa esperanza, señora. Con la esperanza de que mi mamá iba a ver por mí. Se atragantó esa ilusión. Eso fue por mayo y yo ya andaba sintiendo las borucas en la panza. Ya me urgía que viera por mí. Ya me andaba porque le dijera a mi papá que ya no iría a la ladrillera. Ya no quería ponerme de cara al rincón oscuro. Ya no quería que me revisara el cuerpo. Ya no quería que mi papá me sofocara. Ya no quería que me lastimara ni que se aliviara conmigo. Ya ni me hacía ilusión eso de ir a la escuela. Ya no me provocaba eso que decía la señorita Juana, mi maestra, de que me iban a dar una beca, yo no sabía qué era eso. Varias veces, vino a la casa. Primero a explicarles a mis papás y a pedirles los papeles que necesitaba la directora. La recibieron en la sala, mamá volvió a decir “ya veremos”. Papá ni abrió la boca, cuando se fue la maestra dijo que yo no era para aquellos lujos, que hacía falta gente en la fábrica y que no había dinero para pagar un trabajador que hiciera lo mío. La necesito allá. Que vaya otra de nosotras, papá, le dijeron mis hermanas. La necesito a ella. Mamá, dígame. Ya veremos.

Las volví a oír, a mis hermanas, pero esa vez ya no le andaban diciendo nada a mi mamá. Era uno de esos días en que llegué y me metí en la cama a llorar bajito y ellas creyeron que estaba dormida. Parecían un grupo de topochilos, de esos pájaros rojos que se juntan y que suenan como chicharras. Cruz está panzona. ¿Cómo si ni novio tiene? ¿Qué no ven que papá no deja que nadie se le acerque? Está panzona, ya me fijé. Anda toda greñuda. Nadie se fija en ella. Eso sí, pero lo que se ve no se juzga. Además, papá no la deja ni de día ni de noche. No, ha de estar gorda y ya, está comiendo mucho. Yo la vi vomitar. ¿Pero, a qué hora? Va de la ladrillera a la casa, no sale sola. Mírenla. Ya no le cierra bien

la ropa. Fijense. No, no. Ni amigos tiene. Nada más anda con Aristeo. Aristeo es mi hermano, señora, con el que mi iba a la escuela. Es mi hermano. De que está panzona, está panzona. Eso decían mis hermanas. Todo eso decían. Y la verdad, hasta yo notaba que andaba muy tripona.

Otro día, andaban como avispas zumbonas en la cocina. Entré y se callaron, señora. Me miraron y supe que estaban haciendo cuentas con sus ojos, con aquellos ojos que ellas tenían, como enrojecidos alrededor, como hoyos negros en el centro. Me seguían mirando, midiendo y me dijeron, ¿ya supiste que corrieron a Aristeo? ¿Lo corrieron de la escuela? No seas estúpida. ¿De la fábrica? Sí, eres estúpida. No. De la casa, lo corrieron de la casa, mi papá lo agarró a golpes con una vara de membrillo. Me dijeron que se gritaron cosas raras. Fue por lo del doctor, señora. Aristeo me llevó al médico. Quería saber de qué estaba enferma. ¿Sabes lo que te pasa, niña? Yo ni idea tenía. ¿Cuántos años tienes? Trece. ¡Epá, tu pichón! Aristeo alzó las manos como si estuviera viendo un muerto, se tapó la cara. ¿Me voy a morir, doctor?, le pregunté. No, ni nada de eso. Es al revés, vas a dar vida. Mis hermanas parecían burros trasijados, de seguro ya lo sabían. Dicen que lo agarró a golpes. Decían que nos va a llevar el diablo. Decían que los hijos tienen que respetar a sus padres. Decían que el respeto es todo. Decían que eso es lo que se les debe a los padres. Todo eso decían, señora.

Sucia. ¿Es de Aristeo? Me lo preguntaban, arrugando la cara, como si yo me dedicara a repartir piojos, como si trajera encima un hervidero de gusanos, señora. Aristeo es nuestro hermano. Es tu hermano. ¿Hace cuánto te le acercaste? Yo no me le acerco a Aristeo. ¿Aristeo, fue Aristeo el que se te acercó? Di la verdad, Cruz. Ya no puedes ocultarla. No, no es de Aristeo, la voz de mamá se oyó por encima de todo. Traía el palo con el que se arrían las chivas. No, no es de Aristeo. Yo sé de quién es. A eso ibas a la fábrica. A eso. A robarle a tu madre. A eso, a quitarme lo que lo que es más mío en este mundo. Te voy a romper las jetas. Te voy a partir en dos. Ora sí, te voy a deshijar. Lloro o grito, si quieres. Sentí el primer palazo en la cabeza. Reboté contra las lajas de barro del piso. Los golpes eran en todos lados. A veces el palo me daba en las costillas, otras en las piernas, la mayoría en la panza.

Apreté los ojos, señora, mientras los pechos se me mojaban. Apreté los dientes, señora, mientras la sangre escurría en zigzag entre las piernas y me manchaba la falda. Me cubrí la cara. Me zurró una sarta de porrazos. Cada palo me sacaba serpientes amarillas y anaranjadas

en la piel reventada, eso decían mis hermanas. Sucia, decían. Ratera, gritaba mi mamá. Me agarró por el pescuezo. Quise levantarme. Me volví a caer. Ya no sentía el dolor. Las últimas chispas que vi se fueron haciendo blancas. Perra. Maldita. Déjela, mamá. Déjala o te mato, le gritó papá.

Entró con la mano alzada. Entró jadeando. Si mataste a mi hijo, te mato. Mis hermanas se le fueron encima. Lo tiraron de nalgas. Mamá corrió. Se encerró en su cuarto. Mis hermanas rodeaban a papá y le gritaban cosas. Me arrastré como pude. Iba dejando un rastro rojo. Tenía el ombligo frío de tanto palo. Llegué al zaguán. Me brinqué donde estaba bajita la barda. Nunca me había sentido tan pesada. Era como caminar entre un amontonadero de tierra, me escondí en el corral, entre las chivas de mamá. No sé ni cómo le hice para abrir la puerta. No supe como llegué hasta allí con los ojos cerrados. Me hice perdidiza afrijolándome contra la pared. Dejé un reguero de sangre por el camino.

Una de las chivas se arrebujó a mi lado y empezó brame y brame, como si me tuviera lástima. Yo quería que se callara. Empezó a lengüeteo y lengüeteo, como si me fuera a morir y quisiera que no me fuera sucia. ¿Qué pasó aluego? No volví a trabajar con papá. Ese mismo día se murió. Me lo vinieron a decir al sanatorio, mientras estaba acostada en la cama. Con la vieja allí, a mi lado, poniéndome cataplasmas y fomentos. Que lo mataron. Que dizque alguien lo había matado, me dijeron mis hermanas. Que no saben quién fue. Que lo encontraron molido a pedradas. Que su cuerpo estaba en el rincón y el mío junto a las chivas.

Yo creo que para matar a alguien se necesitan fuerzas. Yo creo que matar a alguien deja rastros. Los debe de dejar, tratándose del padre de uno. En tratándose del padre de tu hijo, debe quedar alguna seña, ¿no cree, señora? Pero, dicen mis hermanas que eso pasó, eso dicen. Pero dejé de sentir a la chiva me estaba lengüeteando. Sentí un cuerpo caliente por la espalda. Sentí que me querían entremeter las manos por las enaguas. Sentí unas manos temblorosas que me querían agarrar los pechos. Por eso me tienen aquí en la cárcel, señora. Lo hice con una piedra. Yo no cargo piedras. Pero me encontré un ladrillo. Lo alcé, ¿cómo?, no sé señora. Lo dejé caer. Oí que algo tronó, como cuando una maceta se quiebra y quedan los puros tepalcates. Bien no pudo ser. Yo no sé. Pudo no ser. Pudo ser que se muriera de coraje. Pudo ser otra cosa. Pudo ser una pesadilla.

Y, ¿si me van a juzgar, qué va a pasar con la criatura? Aquí no me dejan encender la luz, que porque tengo que estar de luto. Yo creo que la luz de la iglesia estuvo prendida hasta el amanecer con el brillo de los cirios. Dicen mis hermanas que las campanas estuvieron doblando por el muerto. Dicen que mamá no salió de su cuarto. Dicen que sólo sale para ponerme las cataplasmas. Dicen que reza porque pierda al niño. Yo tengo ganas de meterme entre sus brazos a llorar, no fuerte, quedito. ¿Sabe por qué, señora? Porque tengo ganas de consuelo.

Las oí murmurando, señora, yo creo que no se dieron cuenta de que estoy despierta. ¿Usted viene a llevarse a la criatura, verdad? Ellas dicen que no se puede quedar conmigo. ¿Cómo la ve? Dicen que no hay mejor lugar para un hijo que estar junto a su madre. Ya veremos. Eso fue lo que siempre me dijeron.



Paúl Núñez

Gel azul

Bernardo Fernández (Bef)

Autorización por parte del FCE

PARAÍOS ARTIFICIALES (CERO)

Deseó convertirse en célula.

Al instante era una membrana llena de protoplasma que viajaba por los conductos que irrigaban el ala cartilaginosa de un pteranodón.

“Dinosaurios, qué vulgar”, pensó. Se transformó en neurona.

Sintió un impulso eléctrico recorrer hasta la última ramificación de su nueva anatomía. Se abandonó al placer de la sinapsis.

Después de algunas horas (o días, o meses) se hartó de las experiencias citológicas. Contra su costumbre, se lanzó hacia adelante en complejidad evolutiva, “pero no demasiado”, razonaba.

Una medusa fue la decisión lógica.

Nadaba tranquila en las tibias aguas de aquel océano de un solo ocupante. Pocas cosas gozaba tanto como fundirse en morfologías ajenas para descubrir otros mecanismos de percepción.

Por eso le extrañó sentir su cuerpo celentéreo invadido por una sensación humana, allá en su entrecierna. No le dio mucha importancia.

Al hartarse, se lanzó hacia la superficie. Tras atravesarla era un insecto alado semejante a una libélula. Revoloteó entre galaxias y nebulosas para luego regresar a la Red, ese caos infinito de millones de voces y presencias. Aunque le aburría comunicarse con otros, entabló conversación con un hombre cuyo cuerpo era de metal líquido. Al descubrir que en realidad se trataba de una mujer, aleteó hacia otro lado. No soportaba a los que fingían ser del otro sexo para ligar.

Encontró una ciudad de cristal poblada por insectos metálicos. Transformó su exoesqueleto de quitina en placas de cobalto y voló entre las torres transparentes. Abajo, por las calles, vio arrastrarse una cucaracha de hierro oxidado. Nunca había visto que alguien tomara un aspecto similar. La curiosidad, vencedora, la hizo aletear hacia los suelos.

—Tienes una forma poco común, ¿no? —preguntó, flotando a poca distancia de su interlocutor.

—Toda esta frivolidad me abrumba. Antes me divertía pero ahora me deprime —repuso la cucaracha, lúgubre.

—Aquí nadie se deprime —contestó ella.

Molesta, elevó de nuevo el vuelo. Como siempre, encontraba aburridísima la Red. No entendía que hubiera gente que pasara todo el tiempo ahí. Sobre todo existiendo el nuevo *software* que permitía al usuario generar a voluntad sus propios paraísos artificiales, sin depender de los sueños eléctricos de otros.

“Ya nadie necesita comunicarse con nadie... alabados sean todos los dioses”, pensaba mientras se convertía en unicornio para alejarse de la Red, retozando por un valle lleno de hongos multicolores.



UNO

1

El cuerpo flota inmóvil, en medio de ese mar coloidal.

Afuera, la ciudad aúlla, indiferente.

2

El edificio se yergue en el cruce de dos calles con nombres de escritores extranjeros, en la capital de un país donde la mayoría de la población jamás ha leído un libro entero.

Un barrio judío de rancio esplendor. Hace muchos años que las grandes mansiones fueron derruidas para construir sobre sus escombros edificios de múltiples niveles, llenos de oficinas y residencias de lujo.

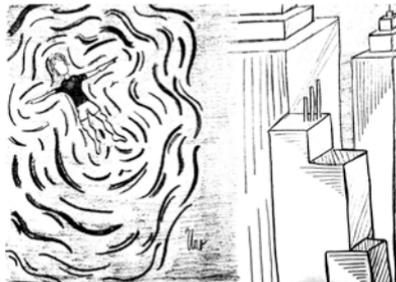
Redensificación.

En una megaciudad sobrepoblada pocas cosas pueden ser señales de tanto estatus como un espacioso departamento ocupado por una sola persona.

Un espacioso departamento que parece vacío. Nadie deambula por sus habitaciones, nadie utiliza los baños ni la cocina. La única señal de vida proviene de la sala, bañada por la luminiscencia azulada de una máquina que emite un zumbido casi imperceptible.

Es un tanque cilíndrico de plexiglás, lleno de gel proteínico. En la parte superior está el procesador central, un amasijo de neurochips cuidadosamente integrados en un biomecanismo gelatinoso de donde parten cientos de microconductos y fibras ópticas que agujijonean el cuerpo del usuario como el de un san Sebastián suspendido en el gel azul. Es lo que lo mantiene vivo; puede pasar años enteros metido en la Red sin correr el riesgo de los primeros cibernautas, que morían de inanición. La realidad virtual es adictiva desde el primer momento. Una vez arriba, ya nadie quiere bajar.

Bernardo Fernández, *Bef* (Ciudad de México, 1972), es escritor, diseñador gráfico y dibujante de cómics. Ha publicado cuentos, cómics, libros infantiles y novelas como *Hielo negro*, ganadora del Premio de Novela Grijalbo en 2011, y *Tiempo de alacranes*, ganadora del premio de novela negra Una Vuelta de Tuerca en 2005 y del premio Memorial Silverio Cañada en 2006.

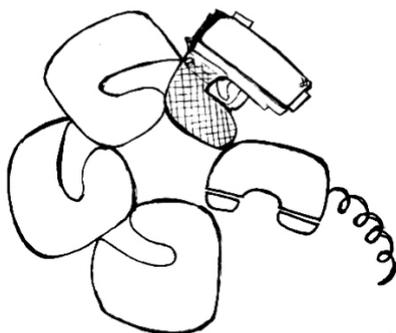


Banamex vs Amalia Rangel

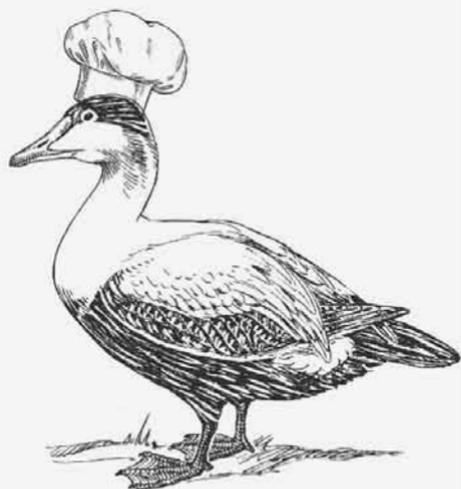
Virginia Meade

Nuestro protagonista, un tipo común y corriente, con una vida digamos, tranquila, empieza a temerle al teléfono de su casa. Un aparato negro que ha tomado vida propia.

Cada vez que suena, él se ve impelido a contestar. La voz al otro lado de la línea telefónica lo amenaza, trata de sacarle una información que él no tiene. Se ha esforzado por convencerlos les da todas las explicaciones posibles. Ahora cada vez que el aparato lo ametralla, se angustia; está obsesionado y tiene que levantar el auricular, la voz ha cambiado, a veces es dulce, otras perentoria. Ellos, los de Banamex; ellos, los de los negocios de cuentas por cobrar, quieren que les entregue a Amalia Rangel, quien les debe \$3,000. Ella vive o vivía en la colonia Las Águilas. Ella ha sido muy hábil, les dio el número de teléfono de un tal señor López que vive o vivía en la colonia Portales, pero ahora, desde que nuestro sujeto contrato línea telefónica, hace 13 años, el problema es todo suyo. El contrató el servicio sólo para conectarse a internet y ahora vive en constante angustia. Ha considerado desenchufarlo, ha cambiado de aparato, ha llamado a Telmex, pero nada. Ellos, los de Banamex lo perseguirán hasta que él les entregue a Amalia Rangel que vive o vivía en la colonia Las Águilas.



Paúl Núñez



PANCHA PATA

GOURMET DIFERENTE

MUY PRONTO CONOCERÁS EL
SABOR DEL GOURMET
DIFERENTE



Lucerna
Santiago López



Lucerna II
Santiago López



Aves
Laura O'Dogherty



Passing
Noé Sánchez



Invasores
Ferdy Cadario



Ver dos veces
Andres Fischer

El flaco

Juan Antonio Díaz Becerra

Nací con el estigma del abandono. Ojalá mi pequeño cerebro hubiera sido capaz de guardar imágenes de cuando fui destetado, de saber qué pasó con mi madre, en cambio, sólo tengo pocos recuerdos de cuando buscaba alimento en cualquier basurero.

Como miembro de mi estirpe, no me quedó más que vagabundear por cuántas calles conocía o me atrevía a explorar. Recibí como únicas muestras de cariño pedradas o patadas que aprendí a esquivar con habilidad felina, pues no quería tener una presencia más lastimera que la flacura que me caracteriza.

Así un día, en mi constante andar, di con un verdadero paraíso, un lugar en donde al atardecer encontraba manjares deliciosos: pedazos de carne medio podridos o exquisitas menudencias de pollo. Yo no era nadie para ponerme de remilgoso. Era un territorio plagado de personas, gritos constantes de palabras que no entendía. La gente llegaba con bolsas vacías y salía con diversos productos que me provocaban una baba de antojo.

No fue fácil que me aceptaran. Me fui acercando de manera lenta, sigilosa, tratando de pasar desapercibido, intenté que los comerciantes se fueran acostumbrando a mi presencia y en la medida en que me sentía seguro, me aproximaba más hasta que pude disfrutar de esos banquetes que estaban ante mis ojos.

Por primera vez oí que era un perro de raza indeterminada y de procedencia incierta. Fui bautizado como "El Flaco". Cuando ya era miembro de ese clan del tianguis pensé que había encontrado la misión de mi vida: convertirme en el perpetuo guardián de una bebé con unos ojos enormes, a la que llamaban la Negra.

Desde el momento que la vi, como alcanzado por un rayo, empecé a mover la cola de gusto, sería porque desde el inicio me encantó la chamaca. Jamás permití que ningún extraño se acercara a la caja de madera en que la depositaban. Cuando cualquier desconocido intentaba mirar qué había dentro de ese cajón, empezaba a gruñir y a enseñar los colmillos de manera amenazante, lo que provocaba que el otro olvidara sus propósitos, ya fuera despacio o de forma rápida.

Cuando la niña empezó a caminar, la seguía a sol y sombra para impedir como podía que saliera del territorio del tianguis. La Negra se acostumbró tanto a mí, que fui al único al que respetaba y obedecía. Me convertí en su amigo, en su compañero de juegos. Tan cercana era la relación que muchos pensaban que en lugar de hablar iba a empezar a ladrar.

Era muy inquieta por lo que a las personas les resultaba difícil, casi imposible estar al pendiente de sus alimentos. Cuando era la hora de su comida, alguna alma caritativa trataba de buscarla. Ella se escondía debajo de los puestos o donde sabía que estaba fuera de la mirada de los demás, riéndose de su travesura por lo que el otro pronto perdía la paciencia y dejaba de indagar en qué lugar se escondía. Incluso me enseñó a ocultarme muy bien para que no la echara de cabeza.

Lo único que no pude conocer fue su casa por dentro. Ante mi llegada, su madre armó tal alboroto que parecía que me quería matar. Como si yo fuera el ser más maduro de los participantes de esa escena, decidí echarme a un lado de la puerta del garaje, no hice ningún intento por ingresar a la vivienda. Adiviné que quizá era más cómodo ese lugar que encontrar un espacio en la basura y cosas inservibles que llenaban los cuartos en que los que la familia habitaba. No hubo poder humano que me moviera de ahí, no me importaba el sol, la lluvia o el frío, al fin y al cabo había llevado una vida de perro.

Mis momentos de mayor alegría eran cuando la Negra acercaba un cajón a la puerta para alcanzar la chapa, la abría y salía a compartir sus penas conmigo. Se pasaba horas y horas hablando, inventando juegos y aventuras que tendrían lugar cuando fuera más grande y pudiera recorrer la ciudad o el mundo. Me contaba que me construiría una casa enorme en donde viviríamos los dos solos, que tendría huesos de oro y toda la comida que pudiera imaginar. Que se compraría una camioneta para que pudiéramos viajar cómodamente, sin preocupaciones y que en la parte de atrás colocaría una cama por si quisiéramos echarnos una pestañita.

Con el tiempo las cosas cambiaron, ya no le importaba atrapar ratones, hablar con los conejos ni descuartizar cuanto bicho se cruzaba por su camino, ahora lo esencial era estar con cuanto niño podía. Lo único que conservó es su amistad conmigo, con su incondicional perro, sigo siendo su confidente, su cómplice y creo que eso no lo va a modificar nada en el mundo.

Cuando la Negra está milagrosamente cursando el quinto de primaria, una tarde calurosa, desaparezo del mapa. Nadie en la colonia puede dar noticias de mi paradero. Una tremenda desolación la embarga.

Empiezan a circular las versiones más inverosímiles: que si fui reclutado por algún cártel de las drogas para emplearme como burro, que a lo mejor fui secuestrado para pedir un cuantioso rescate, que fui asesinado por algún indigente para comerme y con eso saciar el hambre, que me fui de bracero en busca de un futuro mejor, que algún delincuente me ahogó en laguna de Chiconautla como venganza a algún agravio que le hice.

A pesar de ser un simple perro callejero, tengo mi corazoncito, era feliz cuando era el número uno en la vida de la Negra, pero después me cansó ocupar el segundo lugar, cuando la Negra le dio la primacía a las experiencias sexuales con cuanto chamaco podía. No porque deseara tener contacto carnal con ella, siempre he sido respetuoso de la división entre humanos y animales, sino porque descubrí el egoísmo que reina en el alma de la niña, me di cuenta que siempre antepone sus necesidades o sus requerimientos a la de los otros, incluidos los míos.

Así es que un día decidí buscar nuevos horizontes. No se puede decir que cargué con mis chivas y emprendí mi nuevo camino, ya que no tenía nada, sólo puse a funcionar mis viejas patas y me encaminé a otro terruño. Encontré, dos colonias más allá, a una nueva familia que me colmó de cariños y de huesos. Por eso elegí no regresar más al lugar donde por años habité y olvidarme de la Negra. Los perros nunca muerden la mano que les da de comer, pero si podemos abandonar y buscarnos a un nuevo amo que si nos dé el lugar que nos merecemos.



Yo sigo aquí

Noé Sánchez

26 de febrero

Siete de la mañana y mis ojos luchan por mantenerse abiertos. La maestra deja pasar unos cuantos minutos antes de pasar lista. Todos dicen “presente” hasta que alguien dice “aquí estoy”. Decir “aquí” es como un mal chiste, en qué otro lugar puedo estar, llevamos “aquí” casi un año, estáticos.

El problema de estar estáticos, es el tiempo, la vida, ambos se nos escapan, nos la pasamos leyendo sobre mierdas, como interpretar la percepción de la realidad y vivir el momento, pero no estamos haciendo ninguna de esas cosas, de alguna forma no podemos ni observar la vida.

Cuando jugaba americano, pensaba “perfecto, un entrenamiento menos” pero cuando no hubo una próxima temporada, un próximo entrenamiento, me di cuenta de todo el tiempo que perdí pensando “uno menos” como si fuera algo bueno, cuando en realidad era un día menos que tenía para estar con mis amigos, disfrutar lo que hacía, disfrutar mi vida y ahora es igual, la carrera dura 4 años y yo sólo cuento las semanas que quedan para cada final de curso, pero en realidad sólo es un día menos que tengo para estar con mis amigos, un día menos para enamorarme, un día menos para mejorar y aprender.

Se siente como si hubiera sido hace poco que entré a la universidad, pero ya han pasado 19 meses, de los cuales 11 se han sentido cómo un día que se repite una y otra vez, once meses que nadie nos va a regresar, tiempo que pude aprovechar perdiéndome en los ojos de alguna desconocida u olvidándome de cualquier problema que me aquejaba en ese momento con la compañía de mis amigos.

Cómo evolucionar cuando se está en cautiverio, cómo descubrirte cuando tu realidad son 4 paredes y las mismas personas a través de una cámara.

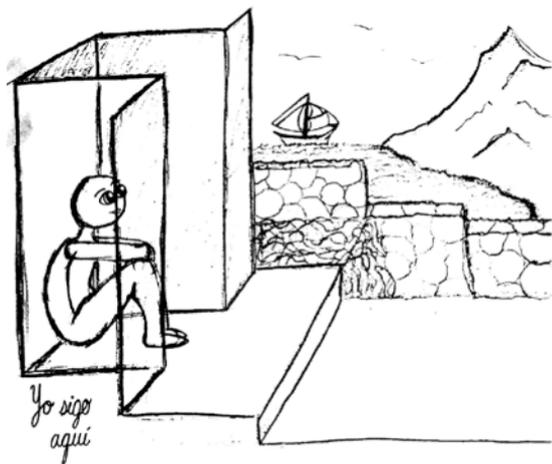
14 de agosto

¿Intento evolucionar o saber quién soy? 519 días han pasado desde que tuve que aprender a convivir conmigo mismo, la persona que era el 13 de marzo del 2020 ya no existe, personas nos han abandonado y momentos se han perdido, no sé si soy una mejor persona ahora, pero

aquí sentado me doy cuenta de todo lo que he pasado para llegar a este momento, rodeado de mis amigos, con un atardecer hermoso y de fondo las risas de personas importantes en mi vida, tal vez una parte de la vida se me ha escapado, pero ahora entiendo que mi realidad no son sólo cuatro paredes: aún hay un mundo afuera.

No sé cuándo voy a morir. Puede ser mañana, en tres meses o dentro de muchos años, morir ya no suena atractivo y encontrarme con los caídos ahora puede esperar, tantas cosas que no he visto y hecho, quiero ver las cosas con los que muchos solo sueñan o ven en fotografías, enamorarme de la vida y sus pequeños detalles, se que no es un pozo inagotable de recuerdos, todo ocurre un cierto número de veces y quiero aprovecharlas todas, quiero vivir.

Para mi tío y abuelo, cuando nos volvamos a ver tendré grandes historias que contar.



Línea recta

Pita Escalona

Existía una familia de trapecistas famosos por caminar sobre un cable entre dos rascacielos. Sostenían una larga varilla para mantenerse en equilibrio, sorteando corrientes de aire y hasta ráfagas de viento. Un paso en falso los conduciría inevitablemente a un fatal desenlace. Así fue como fallecieron casi todos los miembros de la familia Wallenda.

Desde que nací, fui educada para caminar por una línea recta. Paso a pasito, gallo, gallina, con cautela, con respeto, con educación. Deseada desde antes de ser concebida, amada y mimada por cuanta persona me conocía. Mis padres y mis abuelos se encargaban de jalarme la rienda cuando parecía que me iba a salir del redil. No permitían que se me acercara nadie que pudiera representar peligro. Damas de compañía para acá, damas de compañía para allá.

Nunca sola. De repente fue desapareciendo mi entorno familiar, el capullo de algodón, los mimos y los cuidados. Me costó mucho trabajo seguir por aquella línea. Me acerqué a mis tías maternas para pedirles consejo sin conseguirlo; tenían sus propios asuntos que resolver. Acudí a mis primos y decidieron no prestar atención a mis insignificantes problemas. Mi tía Lucrecia, prima hermana de mi papá, quiso darme acogida en su casa, disque para enseñarme a ser mujercita. Siempre había soñado con tener una niña, para transmitirle sus conocimientos hogareños, además argumentó que a mis dieciséis años no podía vivir sola. Al enterarse de mi deserción escolar, porque no era muy diestra para el estudio, mis primos, los gemelos, siete años mayores que yo, se aprovecharon de la situación y me comenzaron a tratar como si fuera su criada.

Me amenazaban si los acusaba de las aventuras clandestinas en su cuarto. Se turnaban, un viernes cada uno, aprovechando que mi tía iba a visitar a su hermana inválida y se quedaba a dormir con ella.

A Justino le gustaban las chicas y a Jacinto, los chicos. Los

dos fumaban marihuana y bebían cervezas. Lo bueno era que mi físico no les interesaba, no era su tipo. Me miraba al espejo las piernas flaquísimas, angostas caderas y pequeñísimos pechos. Adrede me vestía con lo que nunca me pude poner en mi casa: jeans rotos, una camiseta dos tallas más grandes y tenis. Siempre peinada de cola de caballo. Mi tía Lucrecia insistía en que me arreglara, pero al mismo tiempo comprendía mi estado de ánimo y me dejaba vestir de esa manera. Cuando mis primos no estaban, me gustaba hurgar entre su ropa. Ahí era donde escondían sus secretos más preciados. Dentro de las calcetas de fútbol, guardaban bolsitas con mota; en las botas, las pipas y el encendedor. Los papelitos para hacer los cigarros los tenían en el cajón del buró. Un día decidí probar. Los había visto y sabía cómo era todo el procedimiento. Tomé un papelito de la cajita, lo extendí sobre el buró, le espolvoreé con los dedos las hojas secas, lo hice taquito y con poca saliva en la punta de la lengua, pegué el papel. Enrollé los extremos y listo para fumar. Coloqué un extremo entre mis labios y encendí el otro. Con los ojos cerrados jalé aire suavemente por la boca, tratando de disfrutar, como le hacían ellos.

El ángel y el demonio, como la barra de metal de la familia Wallenda, se mostraron hasta encontrar el equilibrio y hacerme seguir por la línea recta. Lo hice sólo tres veces y cerca de la ventana para evitar que se metiera el humo. Apagué el cigarrillo debajo del chorro de agua y luego lo eché al fondo de la basura orgánica, envuelto en una servilleta. Debut y despedida. Ni sentí nada ni nada. Rocié con *Lysol* y nunca más lo volví a hacer. Viví dos años sufriendo el desprecio de los gemelos. El día que cumplí dieciocho ni se acordaron, ni me festejaron, ni apagué las velas del pastel, sin embargo fue uno de los días más felices de mi vida. Un viernes soleado empaqué mis pocas pertenencias y salí tranquila de aquella casa, no sin antes dejar una carta de agradecimiento a mi tía Lucrecia. Llevaba días pensando en huir, hasta que creí dar con el lugar y la persona indicada. Llegué feliz a casa de Úrsula, la amiga secreta de mi mamá, esperando que me reconociera. Fuimos varias veces a visitarla a escondidas de mi papá. Él no le permitía esa amistad porque era madre soltera y no quería que aprendiera ciertos temas. Yo jugaba con su hija, mientras las señoras platicaban en la sala. Úrsula era elegante. Vestía siempre traje sastre de falda corta, medias negras, transparentes y zapatos picudos de tacón de aguja.

De pelo corto, teñido de güero, maquillada como estrella de cine y las veces que la vi, siempre fumando un cigarrillo con una boquilla larga. Toqué el timbre y me anuncié por el interfón. Escuché que bajaban rápido la escalera. Úrsula en persona me recibió con un cálido abrazo.

—Siento mucho lo de tus papás, me dijo, y volvió a abrazarme.

Lloré de la emoción. Juntas subimos hasta la sala. Quiso ponerse al día de mi situación. Platicamos largo rato. Su hija se había ido a vivir a Barcelona, pero estaba contenta, porque su casa de huéspedes le daba muchas satisfacciones. Al enterarse de la razón por la que me había fugado, no tardó en ofrecerme techo y trabajo.

—Quiero creer que aprendiste a cocinar en casa de tu tía Lucrecia. Me gustaría que me ayudaras en la cocina y con las chicas.

—Desde ese mismo instante me puse a su disposición. Lo bueno fue que eran puras huéspedes, todas jóvenes, todas extranjeras y todas a dieta. Preparar el desayuno y la comida fue *peccata minuta*. Ninguna de ellas cenaba más que un té. Cada una tenía su propia habitación con baño. Me costó trabajo aprenderme sus nombres. Hablaban poco español.

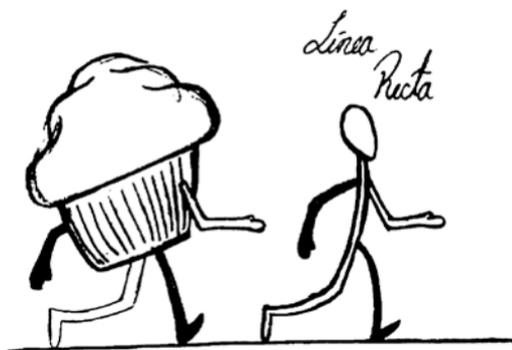
Nunca había experimentado vivir en una casa de huéspedes. Existía un reglamento. Me llamó la atención que no estaba permitido salir de la habitación en pijama, a menos que fuera una emergencia o sonara la alerta sísmica.

Mi trabajo era sencillo y mi futuro incierto. Por la mañana, preparar los alimentos y llevárselos al cuarto. Ninguna se levantaba temprano. No sé cómo podrían sobrevivir comiendo sólo fruta, semillas, café y té. A la hora de la comida les hacía sopa de verduras, ensaladas y más semillas. Aunque a mí me gustaba mucho hornear, muy de vez en cuando me pedían que les preparara salmón. Al mediodía les ayudaba en su arreglo personal. Como *valet* particular, me pedían que les sacara la ropa y los zapatos del closet, que les ayudara a peinarse y a vestirse, que les pusiera las pestañas postizas y tareas por el estilo. Les llamaba

la atención mi figura y a veces me pedían que me vistiera con su ropa. Decían que tenía cuerpo de modelo de pasarela. Me daba risa. Ellas sí que lo parecían. Esperaban una llamada, se arreglaban, pedían un Uber y se iban a trabajar. Si no iban a regresar a dormir, le avisaban a Úrsula.

En las tardes platicábamos de los secretos del amor. A veces nadie salía, generalmente los lunes, y las reuniones se tornaban muy amenas, pero a veces no había nadie y yo salía a caminar por los alrededores. Un día me encontré con que estaban inaugurando una nueva tienda, luego de la aprobación del uso de la marihuana con fines lúdicos. Me ofrecieron todo con la yerba: refrescos, cerveza, dulces, aceites, ungüentos y hasta ropa y bolsas hechas con los tallos de la *Cannabis sativa*. De nuevo se me presentaron mi ángel y mi demonio jaloneándome para un lado y para otro.

Debía seguir por la línea recta. Regresé a la casa y fui directo a la cocina. Dentro del frasco de orégano guardé un poco de la marihuana que me traje de casa de mi tía Lucrecia, y siguiendo la receta de Martha, que vivió en una comuna hippie, preparé unos *happy muffins* o mantecadas felices y las fui a ofrecer a la tienda nueva. Encantados de recibir las y de ofrecerlas al público. Desde ese momento, mi vida y los pastelillos caminaron en línea recta.



Lara mintió

Ángeles Montes de Oca Bowers

La Orquesta Sinfónica comienza con un popurrí: “Santa”, la primera pieza. El paso doble en mi mente recorría cadencioso la plaza, como si estuviésemos ahí danzando, entrelazando las piernas, y los volantes de un vaporoso vestido siguieran las formas de las nubes con el viento. “Santa mía”... Eras un buen bailarín. Sólo te deslizabas de la cintura para abajo. Te hubiera gustado vivir en la época de tu papá y ser un pachuco, creciste con los boleros de música de fondo. El rock alternativo y la música underground eran nada más el parapeto. En el fondo los violines, los timbales, las majestuosas orquestas con sus trombones haciendo el eco, los danzones con el cencerro en contrapunto y el sueño de ser un Tintán enamorado de una rumbera como Rosita Quintana, o ya de menos un facineroso de cualquier película de Juan Orol. Si la reencarnación existiese, yo sería algo así como una dama victoriana desconcertada en pleno siglo XXI.

Pero nos tocó nacer en los sesenta, tú al principio, yo al final. Ni hippies ni yuppies pudimos ser. “Piensa en mí, cuando beses (golpe musical-el platillo brillando en la escena), cuando llores también piensa en mí, cuando quieras... qui-tar-me la vida, no la qui-e-ro, para nada, para naaada me sirve sin tiii...” ¡Nada más falso! ¡Pues vaya lo bien que te sirvió tu vida sin mí!

Yo y mis dos pies izquierdos.

—Tú nomás mírame a los ojos, reina —me decías y sigue el cencerro: chan, chan, chan, cha, chan. Me marcabas el ritmo...nos reíamos, te volvía a pisar y me justificabas:— sigue moviendo así los hombros y olvídate, que a mí no me importa, déjate llevar.

Me dejé llevar... nos reíamos tanto (a ratos). Otros llorábamos amargamente. En tus brazos yo era María, María Bonita. Cerré los ojos en el cambio de melodía, evoqué una de las tantas madrugadas en que terminábamos “¡definitivamente y para siempre!” Mi corazón sintió la congoja de aquellas lastimosas despedidas. Extrañé ese inmenso dolor (tiene mucho que no me despido de nadie y jamás de esa manera). Cerré los ojos como esperando un beso del pasado, una caricia que me confortara como ocurría luego, al día siguiente, después de tres horas de largas explicaciones y arrepentimientos al teléfono. Nos estábamos haciendo adictos al sufrimiento. Y el viento levantaba el polvo y el

vuelo de mi vestido imaginario en la Plaza de Armas. Tu mano era el timón de esa barca que fuimos. No me soltabas mientras bailábamos, no me soltabas y sufríamos. No me soltabas hasta que me soltaste. Pero mientras tu brazo me guiaba, tus pies me empujaban y se entremetían en los míos. Un, dos, tres... un dos, tres. El roce de tu cuerpo...

Vuelve a latir mi corazón después de tanto, las mariposas, el deseo... “Yo no sé por qué me atormenta el rencor, yo no sé cómo puedo (o pude) vivir sin tu amor” diría el Flaquito de Oro dictándome la letra en el oído desde el más allá. O desde aquella vieja tornamesa que atesorabas como cada uno de tus acetatos de colección. Vivíamos la transición al CD. En tanto los violonchelos pianísimos de la sinfónica sollozaban en el cielo Zacatecano. Mira nomás donde te vine a recordar. Nadie cantaba, era la voz del Flaquito que me susurraba al oído la letra tantas veces tarareada a tu lado en tu piso. Casi pude sentir tu aliento atrás de mi cuello: “Y en cada verso se escapó una historia...” la nuestra. “Yo no sé si te odiaba o te quería, el olvido triunfó sobre el recuerdo. No me acuerdo si fuiste una vez mía (léase mío), si una vez te besé... ya no me acuerdo” ;Que mentira más vil del Flaco! yo sí que me acuerdo. No siempre, confieso. De repente, cuando el cielo es claro y el viento tenue. Cuando el sonido es armónico y el escenario fabuloso, y el deseo flota en el aire. Como esta tarde en el concierto de la Sinfónica de Zacatecas, tantos y tantos años después que hasta pareciera otra vida.

Tú mandabas con tu mano, olías a “aroma de hombre de verdad” como rezaba el comercial de la época; tu barba bien rasurada se apoyaba en mi frente: dos a la derecha uno a la izquierda... lo mismo sobre una pieza de mosaico. Conmigo siempre empezabas de cero, decías. No sólo con el baile. Y no perdías la esperanza de que aprendiera a bailar aquellos ritmos de salón. Me recordabas a mi padre –solo te faltaba el Tardán gris– también le gustaba como a ti un “sabroso y buen danzón, y a media luz el corazón” ;Te acuerdas? esa rola pegó en nuestros tiempos. Ni tú ni él bailaban como Tintán, pero los pantalones bombachos los seguiste usando fuera de época. El mundo cambió mucho tras el cambio de siglo. Papá murió. Siempre que se rasuraba cantaba “Noche de Ronda... que triste pasa...” tampoco movía la espalda y los hombros al bailar. Era alto, elegante y tú también. Sólo que él era ligeramente más risueño, tú te ponías trémulo mientras bailabas. Taciturno. Te dolía el mundo. Parecía que lo cargabas a cuestas. Apenas sonreías cuando me mirabas. Te daba gracia mi descoordinación. Rodeabas mi cintura

con tu abrazo, y yo entonces era todas las Marías del mundo: María la Virgen, María Bonita, María Candelaria, simplemente María, María no más. En México todas somos Marías.

Y sucedieron muchas cosas entre tanto, viviendo en la misma ciudad no nos hemos vuelto a encontrar, tal vez inconscientemente lo estamos evitando, es lo bueno de no vivir en pueblo chico. De vez en vez rozamos nuestros nombres por boca de nuestros amigos mutuos. Por ellos supe que te enfermaste cuando me viste el anillo. También supe que te arrepentiste de dejarme ir. Y me fui. Pensé que no lo lograría. Pensé que no lo superaríamos. Pensé que tendríamos vidas muy miserables. Aquella fatídica noche estuve a punto de dejar todo al garete e irme contigo a la deriva. ¿Te imaginas? ¿Cuál habría sido el final de nuestra historia? Fue mejor así. Puedo recordarte sin odio.

“Solamente una vez amé en la vida...” el público ahora sí tararea la canción del “músico poeta”, el cielo sigue clarísimo a las siete de la tarde, los violines danzan melosos al compás de la letra. Todos disfrutan. Hasta el director de la orquesta: hombre recio de un moreno oscuro sonrío en el éxtasis de la romántica interpretación. Diferentes generaciones en la Plaza congregadas conocen la letra universal que es ineludible cantar sin poner ojos de borrego: “Solamente una vez... y nada más...” Y bueno ¡otra mentira más del Flaco! ¡Tampoco fue tan cierto, ni para ti ni para mí!



Paúl Núñez

Urbi et orbi

Francisco Duarte Cué

Angélica sorbía muy poco a poco de su vaso de café evitando acabárselo antes de que llegara su sobrina Pili a quien había citado esa mañana en ese centro comercial. La idea era que la sobrina ayudara a la tía en materia de posteo, y publicar en su muro de Facebook la foto que se había tomado con su nueva pareja sentimental, y así pregonar por mar y tierra que ya no estaba tan sola en el mundo.

Llegó la joven Pili y en cosa de un instante, arregló lo necesario para la publicación de la imagen en esa red social. Pasaron no más de cinco minutos cuando empezaron a llover los comentarios, unos buenos, otros burlones y uno especialmente llamativo. Era de un viejo compañero de escuela, el ahora C.P. Aranda, quien le advertía, de manera cuidada y cariñosa, que no depositara en el nuevo galán todas sus emociones, ni sus datos bancarios. Que lo conocía de tiempo atrás y que habían tenido diferencias por los dineros de algunos negocios que tuvieron juntos; “seguramente te parecerá enorme la coincidencia, pero me alegra poder advertirte”, terminaba el mensaje.

En realidad, poco caso hizo y se centró más en aquellos mensajes que entre bromas y veras le deseaban éxito en su recién iniciada aventura amorosa; ya no estaba tan joven como para andar experimentado por todos lados y sí tenía en mente la estabilidad de pareja. Tras ponerse al día con la sobrina y darle una buena presumida de la candidez de su futuro tío, pidió al mesero la cuenta con todo y la terminal para pago con tarjeta. La tarjeta no pasó, el banco emisor no aceptó el cargo y el display del aparatejo inalámbrico indicaba “fondos insuficientes”. Supuso que sería un error de comunicación electrónica, sacó efectivo y liquidó la cuenta sin más ni más.

Al llegar a su departamento se encontró en el piso de la puerta un ramo de rosas de colores variados y un sobre entre los pétalos de las mismas. El mensaje era de su pareja, era un formato bancario que con plumón indeleble rojo decía “Lo siento, Roberto”. Era su estado de cuenta más reciente: en ceros.



Yo Solito

Alberto Ramos Falconer

Desperté en la cama de mami, pero ella no estaba. Estaba oscuro el cuarto y me daba miedo. Recordé la pesadilla que tuve en la noche que me hizo ir a dormir con ella. Cerré los ojos y me tapé con la cobija hasta la cara para que los fantasmas no me vieran y se fueran. No pude dormir otra vez, pero afuera de la cobija estaban los monstruos, no quería salir.

Grité “¡Mamiii! ... ¡Mamiiii!” pero mami no contestó.

Recordé cuando papi me dijo que a veces hay momentos difíciles y que hay que ser valiente. Decidí levantarme y corrí al interruptor con los ojos cerrados. Prendí la luz y abrí los ojos.

Abrí la puerta del cuarto, afuera ya había luz. Fui a mi cuarto, pero adentro estaba oscuro, preferí no entrar. Me acosté en el sillón de la sala donde había dejado algunos juguetes antes de dormir. Estaba Nutri, mi nutria y también la boa Tikitá. La boa bailaba cuando cantaba una canción y yo bailé con ella y Nutri.

Me divertí mucho con las dos, pero me dio hambre. Tuve que dejarlas solas bailando y fui hacia la cocina. No vi nada de comer al principio. La mesa estaba vacía, pero vi en el frutero arriba del mueble una manzana.

El mueble estaba muy arriba y no alcanzaba el frutero, pero yo tenía mucha hambre. Fui a la mesa y llevé una silla de la mesa al lado del mueble y me subí a la silla y luego al mueble. Llegué hasta el frutero y agarré la manzana. Le di una mordida y luego decidí bajarme.

Mientras bajaba se me cayó la manzana y vi cómo se iba debajo de la cómoda. Ya en el piso otra vez, me agaché para ver debajo del mueble. La vi y no estaba tan lejos. Metí la mano y la alcancé. La saqué y me la seguí comiendo.

Fui otra vez con mis juguetes, pero ahora agarré sólo a Nutri y con ella fui al librero de papi. Papi tiene muchos libros muy grandes y los pone en un librero de la sala. Los que más me gustan son unos muy grandes que tienen muchas historias que papi me cuenta antes de dormir y que a veces me deja leer un poco.

Tomé uno azul que tenía una casa de dulces en la portada. Esa historia me encanta. No recuerdo los nombres de los niños, pero es de dos niños que los atrapan en una casa de dulce y que los hacen engordar para luego comérselos, pero el niño ataca a la bruja fea y se van.

Abrí el libro y me puse a ver los dibujos de las historias, no entendía las letras, pero con los dibujos sabía todo lo que pasaba. Me gustaba leer de esta manera, ver los dibujos me hacía recordar todo lo que ya me habían contado y me gustaba mucho. Me acabé la manzana y dejé a Nutri leyendo el libro mientras yo iba a tirar las semillas. Las tiré en el bote de la basura. De regreso a la sala, vi por la puerta al jardín a Dana, mi perrita y quise salir a jugar con ella.

Abrí la puerta y corrí con Dana, ella corrió hacia mí y me caí con ella. Dana es más grande que yo pero es muy cariñosa. Me encanta jugar con ella y su pelota. Le lanzaba la pelota y ella iba por ella. La acariciaba y la abrazaba con mucho amor. A veces salía corriendo y yo me iba tras de ella hasta que se paraba y la alcanzaba. Yo me reía mucho con Dana.

Luego Dana se cansó y se acostó en el pasto. Yo me senté al lado de ella y le acaricié la cabeza y la panza. Estuvimos así un rato hasta que me aburrí y quise volver a entrar a la casa.

Pero cuando iba a entrar a la casa, traté de abrir la puerta, pero estaba cerrada. No podía entrar. Me puse a llorar, porque no podía entrar y Dana vino a mi lado y me alegró un poquito. ¡Pero yo quería entrar!

Toqué a la puerta y lloré un poco más pero me cansé de tocar y llorar. Decidí entonces jugar otro ratito con Dana. Dana me hizo reír otra vez, mientras corría tras ella y le lanzaba la pelota.

De repente oí la máquina de un carro, ¡el carro de mami! Me emocioné y traté de abrir la puerta, pero seguía cerrada. Ya no lloré porque sentía a mami cerca y sabía que ella me abriría la puerta.

Por fin entró mami a la sala y me vio en la puerta. Me preguntó que qué hacía ahí mientras abría la puerta. La abracé y le pregunté a dónde había ido, me dijo que salió por algo para desayunar.



Paúl Núñez

Emily

Racconto Urahara

Cuando desperté todos estaban muertos. Un montón de polvo y cabello marcaba sus tumbas; un montón para mi esposo, un montón para nuestra hija. Miles de montones para la ciudad. No había sangre u olor, solamente mi dolor. Tuve que guardarle un luto breve, condensado, a mi familia, porque luego de la agonía de esas pérdidas vino el descubrimiento de que muchas, muchas otras pérdidas habían tenido lugar esa madrugada. No había quién me pusiera un tranquilizante para mitigar mi pánico, ningún policía que tomara mi declaración, no existía nadie que viniera a recoger los restos.

Solamente quedaba yo —atravesando por ese neblinoso duelo de perder a mi familia y entrando en la embotada consciencia de que ahora debía guardarle luto a la ciudad completa.

Ese luto tampoco duró mucho.

Pronto me di cuenta de que mi ciudad no era la única víctima de la desolación. La madrugada del 2 de diciembre el mundo entero había muerto.

Montones de polvo carentes de olor es lo que quedó.
Y yo.

Yo quedé varada aquí.

Por años he andado sin mucho rumbo, a ratos llorándole a la humanidad que pereció y me dejó en el abandono, a ratos consolándome con el pensamiento de que ahora están en un lugar mejor, a ratos horrorizándome por las maravillas de este mundo o maravillándome de sus horrores. En ciudades desiertas, entre tolvaneras de cabello y otros restos, en pequeñas cabañas o bajo el cielo desnudo yo he continuado mi vida (o lo que pasa por vida en mi situación).

Hay un silencio hipócrita en el aire, tan marcado que al principio no me dejaba dormir. Ahora puedo acostarme y levantarme y cocinar y visitar lugares casi sin notarlo. Aunque a veces resurge, en general puedo barrerlo debajo de la alfombra. Tengo bastantes obligaciones que ocupan mi día; no pierdo tiempo distrayéndome con la única cosa inútil —el silencio— que terminaría volviéndome loca.

Debo hacer todo por mí misma, lo cual no es tan malo como suena. Cuando algo se rompe o una herramienta se estropea, no la reparo, busco una nueva. Si no sé hacer algo o dónde encontrarlo, busco en internet.

El internet sigue funcionando, la energía sigue funcionando, igual que las estaciones del año continúan su curso natural.

De hecho, hay demasiadas cosas que siguen su rumbo normal, considerando que ya no queda gente. El wifi no es el único indicio de civilización, soldado en pie.

He visto en primavera jardines recién podados.

La primera vez que vi uno casi perdí la cabeza de la emoción. Pensé que había gente allí, ¡y tan desahogada para dedicarle atención al jardín! Sin embargo, no había nadie. No los encontré y no los encontraré.

El internet sigue funcionando. Los jardines se podan solos. El mundo ha muerto.

La radio transmite bloques de música o programas viejos, pero no hay nadie al aire, nadie habla de la catástrofe que arrasó al mundo y olvidó llevarme a mí. Todos hablan de eventos previos a ese 2 de diciembre.

En las redes es lo mismo. He buscado por todas partes y no hay una sola publicación de después de las 6 A.M. del 2 de diciembre —excepto las mías.

Al principio escribía y publicaba frenéticamente desde mis cuentas, esperando contactar con alguien (mis familiares, amigos, un desconocido...). Visité y dejé mensajes en foros, portales de gobierno, blogs... Todo lo que se me ocurrió. Nunca hubo contestación.

Luego empecé a escribir lo que hacía, lo que planeaba, a dónde iría. Luego: cómo me sentía. Escribía en cualquier cuenta que hallaba abierta. Si había cámara disponible cambiaba la foto de perfil y ponía una mía, por diversión. Se convirtió en un diario, testimonio íntimo desplegado ante un mundo vacío.

Ocasionalmente todavía escribo, como ahora. Entro a un banco, enciendo la computadora de un ejecutivo y busco información sobre plantas con propiedades antiinflamatorias. Luego escribo un rato en las redes sociales. A veces veo fotos de gatitos.

Ésas siempre me animan.

-E
xoxo

*

Ahora escribo en papel.

No creo que vuelva a encender una computadora jamás.

Ayer respondieron a mi publicación. Por primera vez en años alguien hizo contacto conmigo, a través de una cuenta que no era mía, en la que ni siquiera había puesto mi foto.

Saben mi nombre.

La respuesta decía:

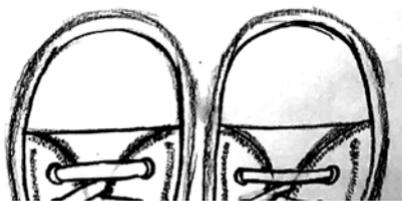
“¿Dónde estás, Emily? Estamos buscándote. Sólo faltas tú.”

*

Hoy he encontrado una carta con mi nombre.

No me atrevo a abrirla.

FIN



La hija más bonita de Ucrania

Bárbara Sánchez

Yo iba a ser la hija más bonita de Ucrania. Me encontraron hace casi medio siglo, al norte, cerca de la frontera con Bielorrusia, cuando la primavera se aproximaba. Apenas me vieron y ya tenían planes para mí: iba a albergar a más como ellos.

Yo siempre había sido sencilla, pero era porque no conocía nada más. Entre todos me transformaron; me revistieron con árboles de rosas, uno por cada uno de ellos —aún recuerdo lo bella que me sentía—.

Me admiraban, de eso estoy segura, siempre tenían algo que ofrecerme. Y no se cansaban de adornarme, por ejemplo: sobre mí construyeron El Café Prípiat, un pequeño lugar en el que amigos y desconocidos se encontraban por horas a compartir un rato, mientras los rodeaban unos coloridos vitrales que hubieran dejado sin aliento a más de uno. También, en el centro de mis tierras erigieron un lugar donde la ficción, la magia y el arte se unían, el cine Prometheus. El nombre se lo dieron por una estatua que se encontraba enfrente y esta era la de aquel titán griego que robó el fuego a los dioses para dárselo a la humanidad; Prometeo creía con fervor que el hombre podía convertirse en el más perfecto de los animales.

El cauce del río que me recorría se desbordaba y bombeaba vida a toda mi gente. Sí, ya no eran más ellos, unos simples extraños, su naturaleza era ya endémica de Prípiat. Sin más, se convirtieron en mi vida. Un nuevo árbol de rosas despertaba cada mañana. "¿Yo era la hija más bonita de Ucrania?" me solía preguntar en mis ratos libres. ¡Y cómo olvidar mi parte favorita! Cada vez que azotaba el invierno, se encendían las chimeneas y su calor me inundaba. Habíamos creado un hogar.

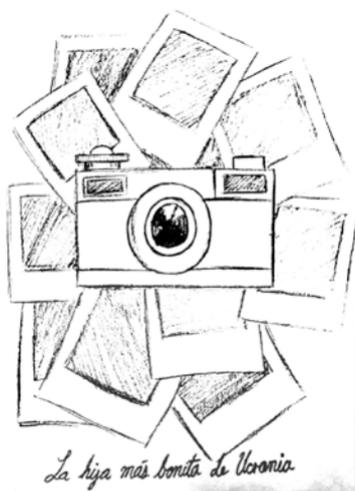
Al llegar nuestra décimo sexta primavera juntos, nos invadió un sentimiento de malestar, algo no andaba bien. Se ocultó la luna tres veces antes de que dieran el aviso de que había ocurrido un terrible accidente. Después de la explosión del reactor número cuatro, unos uniformados con la estrella roja invadieron mi territorio y alarmaron a la gente. Todos huyeron sin mirar atrás, dejando ventanas abiertas, automóviles a la mitad de la avenida, fotografías y a mí. Todos mis

recuerdos sobre tal suceso se encuentran empapados de fatalidad y un tanto difusos. Solo sé que el paso

acelerado del tiempo se detuvo violentamente cuando finalmente entendí que esos agonizantes árboles de rosas eran lo último que me quedaba de ellos. En mi cabeza retumbaba una y otra vez: "¿por qué a mí?, ¿qué hago con este vacío?". El ambiente grisáceo hizo lucir todo mucho más espectral y yo me convertí en una ciudad fantasma.

Han pasado 35 años desde aquel 26 de abril y aunque las estaciones vienen y van, la soledad y el silencio son un poco menos asfixiantes. Hay ocasiones en las que personas vienen a visitarme. Tienen esa manía de gritar y me parece que es porque el silencio les hace creer que son los únicos en el mundo. Lo único que alegra mis días es cuando veo a un pequeño conejo gris rebotar por aquí; creo que le gusta que las plantas hayan invadido el concreto, así siente que todo este espacio, nuestras tierras, le pertenecen.

Las fotografías son el único recuerdo agradable que me queda de ellos. Recordar, del latín "recordāri", significa: volver a pasar por el corazón. Sin embargo, sólo basta con extender la mirada para saber que jamás podré ser más de lo que hicieron de mí.



Mis queridos padres

Ronnie Camacho Barrón

¡Los macarrones están listos!, ¿sabes?, nunca pensé que te traería a casa, no eres muy simpático y realmente muchos te tenemos miedo, pero bueno mis padres querían conocerte y que mejor forma de hacerlo que invitándote a cenar.

Ya quiero que den las ocho para que se despierten y al fin te puedan conocer, sé que para ti es muy gracioso molestar a los demás y más centrarte específicamente en mí solo porque soy adoptado, pero Mamá y Papá ya me había advertido que muchas personas no lo entenderían y que otras más se reirían de mí solo por eso.

Siendo sincero no te entiendo, pero debo admitir que durante el día mi vida sin ellos es muy solitaria, pues tengo que levantarme desde muy temprano para ir a la escuela, solo para que me molestes, luego saliendo tengo que ir a hacer el súper y finalmente llego a casa a prepararme la comida.

Tal vez mi vida no sea como la tuya o la del resto de los niños, pero no me siento mal, pues desde el principio mis padres me han hecho saber que, si bien la sangre no nos une, ellos me aman con todo su corazón y cuando despiertan, juegan conmigo, me ayudan con la tarea y tratan recuperar todo el tiempo perdido, antes de que yo tenga que ir a dormirme.

Ellos son magníficos y, de hecho, su historia favorita y la que siempre relatan al resto de la familia, es la de cómo me encontraron y aunque la he escuchado miles de veces, siempre es un gusto para mí, oírlo de nuevo.

¿Quieres escucharla?, ¿No?, bueno de todos modos te la contaré.

Mis padres cuentan que la primera vez que me vieron fue cuando conocieron a sus vecinos del departamento de arriba, al parecer mis verdaderos progenitores eran una pareja joven y sin experiencia que recién se había casado y trataban de formar una familia juntos, pero

lo que parecía el comienzo de un cuento de hadas terminó siendo una horrenda pesadilla.

Como los vecinos de abajo, mis padres adoptivos fueron testigos de todos los gritos, pleitos y amenazas que se suscitaban entre la joven pareja del piso de arriba, cuentan que, sin importar la hora, fuera día o de noche, ellos escuchaban mi incesante y desgarrador llanto que en ningún momento mis verdaderos progenitores se molestaron en calmar.

Pasaron los meses y las cosas fueron de mal en peor, fue así que mis padres decidieron hacer algo al respecto y aunque habían tratado de mantener un perfil bajo después de haber tenido problemas en su antigua ciudad, ellos decidieron rescatarme.

Con sigilo, se adentraron en el departamento de mis padres biológicos y lo que vieron, los horrorizó, pues las personas que me dieron la vida tenían su casa hecha un muladar, comida vieja se podría en la nevera, botellas de cerveza se esparcían por todo el suelo y yo dormía en una cuna repleta de basura, con el pañal lleno y evidentes signos de desnutrición.

Fúricos por lo que vieron Mamá y Papá trataron de encontrar aquellos monstruos para hacerles pagar, pero por más que buscaron solo encontraron señales que delataban que ellos se habían marchado hacía tiempo.

Mamá dice qué al verme, el primer pensamiento de ambos fue llamar a una apropiada institución para que se hiciera cargo de mí y aunque estaban decididos a hacerlo, cambiaron de opinión, cuando me tuvieron en brazos.

Con mucho cariño y un brillo en los ojos, ellos siempre relatan que desde el momento en que sintieron mi tibia cabecita y mi entre cortada respiración, su corazón se derritió por completo, pues en sus palabras yo era una bolita de carne, tan tierna y adorable que tuvieron que hacer un esfuerzo enorme para no comerme, desde entonces y sin que nadie se les opusiera ellos me criaron con el mismo amor que le darían a un hijo verdadero.

A diferencia de la relación de mis verdaderos progenitores, la relación entre mis padres adoptivos llevaba siglos de existir, aun así,

fue difícil para ellos adaptarse a mí, después de todo, las personas como ellos no suelen tener hijos, imagina la sorpresa de todos mis tías y tíos cuando se enteraron de mí, aún hoy no puedo estar cerca de algunos de ellos sin que mis padres estén presentes.

Durante mis primeros diez años de vida me criaron como uno de ellos, dormía durante todo el día y jugaba con ellos toda la noche, pero con el tiempo, cuando notaron que más que acostumbrarme todo eso me hacía daño, decidieron criarme de un modo más “normal”

Cuando tuve la edad suficiente para valerme por mí mismo ellos recuperaron su habitual costumbre de volver a dormir durante el día y dejaron que me hiciera cargo de todo, la luz, el agua, la comida, etcétera, pero sin importar qué, cada noche les cuento cómo me fue durante el día, fue así como supieron de ti y de todo lo que me haces.

Hubieras visto la cara que pusieron cuando les mostré los primeros moretones o cuando les repetí todos tus insultos o peor aún, cuando supieron que me bajaste los pantalones frente a toda la clase, estaban tan molestos que no puedo ni describirtelo, de hecho, no tendré que hacerlo, justo ahora acaban de dar las ocho, estoy tan contento, ¡Por fin los vas a conocer!

Mientras espero en la mesa del comedor las puertas del sótano se abren y de ellas emergen mis padres, ambos lucen somnolientos, se estiran y bostezan de tal forma que dejan expuestos sus afilados colmillos, para mí es algo normal, pero para mí diario agresor es razón más que suficiente para comenzar a temblar en la silla en la que lo tengo amarrado.

—Hola Má, hola Pá — Apenas me ven corren abrazarme y a pesar de sus cuerpos fríos, puedo sentir lo caluroso de su afecto—. Mamá, Papá, él es Ricardo, el compañero de quien les hablé, el que todos los días me molesta y se burla de mí por ser adoptado —Al enterarse de quién es, gruñen furiosos y en un parpadeo se plantan frente a él.

—¡Jamás debiste meterte con nuestro niño! —ruge mi madre a centímetros de su cara y Ricardo comienza a suplicar bajo la mordaza que aprisiona su voz y a pesar del desagrado que siento por él, les pido que se detengan.

—¡Mamá, Papá, esperen!, quiero escucharlo —ante mi extraña decisión mis padres se detienen, intercambian una mirada confusa y tras unos segundos de dudas, obedecen y le quitan la mordaza.

—¡Perdóname Francisco no vuelvo a molestarte, yo...y...yo solo estaba jugando pero te juro que a partir de hoy no me vuelvo a meter contigo! —Sus súplicas y lloriqueos me hacen pensar y aunque me gustaría creer en sus palabras, me gusta más comer en familia.

—Má, Pá, pueden hacerlo, ya hace hambre —respondo antes de probar una cucharada de mis macarrones.



Paúl Núñez

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Andrea Fischer

**Coordinación de Enlace
y Relaciones Públicas**
Andrea Fischer
Carlos Noé Sánchez Méndez

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada
Cerraduras, de Cecilia Durán Mena

Radio
Conducción: Cecilia Durán Mena,
Juan Carlos Padilla Monroy, Raúl Sanz Suárez
y Brandon Hurre García

Producción del Programa de Radio:
María Inés Rendón, Productora.
Eloisa Valeria Martínez Carrillo

Cuarto de Guerra
Becarios de las universidades participantes.

Digital
www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número treinta y cuatro. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Octubre-Noviembre de 2021.



También estamos en:



Radio Anáhuac 16.70 AM
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

"Nada tienen de malo las lunáticas sandeces de la generalización cuando se hacen después de reunir con amor las soleadas insignificancias de un libro".

Buenos lectores y buenos escritores
Vladimir Nabokov



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir